

GÉNERO Y CULTURA MILITAR



VIDAS, CUERPOS Y CONTROL SOCIAL
BAJO LA GUERRA

CENTRE DELÀS
D'ESTUDIS
PER LA PAU

INFORME
núm. 30

INFORME núm. 30

GÉNERO Y CULTURA MILITAR

Vidas, cuerpos y control social
bajo la guerra

Nora Miralles Crespo

Centre Delàs d'Estudis per la Pau
Barcelona, noviembre 2016



Centre Delàs d'Estudis per la Pau
Carrer Erasme de Janer 8, entresol, despatx 9
08001 Barcelona
T. 93 441 19 47
www.centredelas.org
info@centredelas.org

Barcelona, noviembre 2016

Grafismo: Esteva&Estêvão
Cubierta: mujer del ejército de Estados Unidos en Afganistán
(Nicholas Loyd)

D.L.: B-19744-2010
ISSN: 2013-8032

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. MILITARISMO, NUEVAS GUERRAS Y EL VALOR DE LA VIDA	8
2. MILITARISMO Y GÉNERO: UNA RELACIÓN PROVECHOSA	10
Generalización de la violencia, desprotección de la vida y ruptura moral	11
Otras consecuencias: gasto militar, inversión pública y exclusión institucional	13
3. MASCULINIDADES Y FEMINIDADES MILITARIZADAS	14
Las masculinidades militarizadas	15
La violencia paralela: castigo y exclusión.....	16
Las feminidades militarizadas	16
Las mujeres somos pacifistas: ¿mito o realidad?.....	18
4. MILITARIZACIÓN DE LAS MUJERES: ¿IGUALDAD O COOPTACIÓN?	19
Incorporación de las mujeres en los ejércitos regulares. La realidad ...	19
<i>Purplewashing</i> . Militarización i cooptación del discurso de los derechos de las mujeres.....	21
CONCLUSIÓN	22
BIBLIOGRAFIA Y REFERENCIAS	24

RESUMEN EJECUTIVO

Cuando el militarismo penetra en una sociedad, moviliza todos los recursos materiales disponibles al servicio de la guerra, incluidos los recursos humanos. A su vez, la guerra necesita de una base económica, política y moral determinada para llevarse a cabo, y de valores y capacidades que generen una sociedad dispuesta a librarla, sostenerla y alimentarla. Es decir, de personas dispuestas a morir y matar en defensa del Estado o la Patria, y de personas dispuestas a asumir la reproducción, la crianza y la cura de las primeras de forma gratuita.

Y, en este proceso de generación de identidades enfocadas a librar la guerra, el militarismo aprovechará estructuras ya creadas, como los roles y jerarquías de género o la división sexual del trabajo, que reserva para los hombres el ejercicio del poder político en el ámbito público y confina a las mujeres al ámbito privado, a la vez que naturaliza su asunción de las labores reproductivas. Cuando la cultura de la guerra penetra en las sociedades, se apoya no solo en esta división sexual de los mundos público y privado, sino en toda la construcción social que se hace sobre las categorías hombre y mujer y que nombramos “género” y que proporciona, en definitiva, las identidades que el militarismo necesita para sus objetivos.

Un ejemplo de esto son los estereotipos tradicionales en que recaen las masculinidades y feminidades militarizadas: ellos son los héroes y salvadores de la nación y ellas las madres y esposas abnegadas de la Patria y de sus soldados, mano de obra sustituta o animadoras para subir la moral de los soldados, mientras que las formas de ejercer la masculinidad y la feminidad que no entran dentro de la norma son invisibilizadas. Pero, más allá de este retorno a la tradición, la necesidad de activos para librar la guerra abre espacios para la participación de mujeres en el ámbito público y político, así como para su incorporación en roles que impliquen el ejercicio de violencia. A partir de los años 70-80, con el auge de los movimientos feministas y la cooptación del discurso de la igualdad de género por parte de los Estados, la militarización de las mujeres se convierte tangible como nunca, con su incorporación en las fuerzas armadas de numerosos países, que incluso recorren campañas de reclutamiento específicas.

Pero la militarización no impregna y afecta tan solo el ámbito público, permea también en los hogares y las relaciones humanas y familiares, generando consecuencias materiales en las vidas y cuerpos de las personas. El discurso bélico, la devaluación del valor de la vida, la construcción del “otro” como a enemigo o la promoción de ciertas masculinidades y comportamientos, pueden generar un aumento de la violencia y retroalimentar esa que ya existía en el ámbito privado como mecanismo de control sobre las mujeres, las criaturas y las identidades sexuales de género no homogéneas.

Este informe analiza, precisamente, la relación de dependencia mutua entre el militarismo y el Patriarcado, la estructura social que subordina todas las identidades y, especialmente, las mujeres, a los hombres heterosexuales adultos. A su vez, expone también como la militarización de una sociedad y de la cultura militar interaccionan con el género, es decir, como la diferenciación entre hombres y mujeres es movilizadada para la guerra. Incluso cuando esto implica la ruptura de las nociones y asociaciones, como las de la feminidad y la paz, que nos habían acompañado toda la vida.

Nora Miralles Crespo · periodista e investigadora en Género y Conflicto,
miembro de WILPF España y colaboradora de Centre Delàs d'Estudis per la Pau

INTRODUCCIÓN

El presente informe es el disparo de salida a la **nueva línea de investigación sobre Género y Militarismo** del centro Delàs, que acogerá también la publicación de un informe sobre las políticas de género y conciliación del ejército español, así como las primeras Jornadas sobre género y militarismo que se celebrarán el día 17 de noviembre de 2016. El objetivo de las acciones es abrir camino en la incorporación de la perspectiva de género en las investigaciones sobre militarismo y cultura de paz en Cataluña.

El militarismo, la ideología que justifica la vía militar y el uso de la fuerza para gestionar los conflictos (Calvo, 2015), influye en las esferas económica, política, cultural, educativa, en la religión o en los medios de comunicación. En este ejercicio, la doctrina militar se relaciona y se retroalimenta con las estructuras sociales ya existentes, que serán determinantes para fomentar u obstaculizar la penetración de lo militar y para poner todos los recursos necesarios al servicio de la guerra.

Al mismo tiempo, si la guerra requiere de una base moral, económica y política determinada para llevarse a cabo, también requiere de una militarización social, es decir, de la exaltación de valores y capacidades que generen una sociedad dispuesta a librarla, sostenerla y alimentarla. El autoritarismo, la agresividad, la fuerza, la obediencia, la dureza, el coraje o la violencia son algunas de las actitudes que han sido históricamente asociadas al ámbito castrense, pero también al propio ejercicio del poder, de la gestión del estado y de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, estos valores asociados tanto al militarismo como al propio ejercicio de la política están estrechamente vinculados con una forma concreta de entender la masculinidad, es decir, de ser hombre (Cohn, 2013). La guerra sería, pues, una celebración de este poder masculino (Tickner, 1992).

Pero la militarización no impregna sólo el ámbito público, permea también los hogares y las relaciones humanas y familiares, aprovechando la división sexual del trabajo y los estereotipos que imperan en la sociedad en su beneficio. Este informe analiza, precisamente, la relación de interdependencia entre el militarismo y el Patriarcado, la estructura social que subordina las mujeres y las confina al ámbito privado, reservando para los hombres el monopolio del espacio público (Pateman, 1988). Al mismo tiempo, expone también como la militarización de una sociedad y la cultura militar interaccionan con el género, es decir, como la diferenciación entre hombres y mujeres es movilizadora para la guerra (Eisenstein, 2004).

Al abordar cómo el militarismo refuerza o modula ciertos estereotipos de género a conveniencia, el informe presenta el debate sobre la incorporación de las mujeres a los ejércitos formales e informales, es decir, el ejercicio de la violencia. ¿Es esta incorporación un avance hacia la igualdad efectiva o una claudicación ante la militarización de nuestras vidas? ¿Cuáles son los efectos de la entrada

de mujeres y otras identidades de género en estructuras militares y armadas sobre la idea tradicional de feminidad y masculinidad? ¿Genera un cambio en las propias instituciones receptoras?

Con el objetivo de contextualizar adecuadamente la cultura de guerra y su forma de concebir la vida humana, el individuo y sus libertades y derechos, la política, la gestión de los conflictos y la violencia, el primer punto de este informe estará dedicado al militarismo y sus implicaciones, especialmente en las sociedades occidentales. El abordaje de la estrecha relación entre el militarismo y el género, y las consecuencias que esta alianza genera, tanto en cuanto a violencia y acondicionamiento de las relaciones sociales, como a nivel económico y de políticas públicas, es el corazón del presente trabajo. Este punto va acompañado de un análisis sobre cómo se construyen las masculinidades y las feminidades en las culturas de guerra y qué resistencias surgen, justo antes de introducir el debate sobre la militarización de las mujeres y su incorporación a los ejércitos y estructuras armadas.

Así, la mayoría de autoras citadas en este artículo son investigadoras que analizan el militarismo de forma transversal desde la variable del género.

1. MILITARISMO, NUEVAS GUERRAS Y EL VALOR DE LA VIDA

Es difícil entender los impactos de la militarización en los hombres, las mujeres y el resto de identidades de género de una sociedad sin hablar antes del valor que la vida cobra en las culturas de guerra, y de cómo se reconfigura en cada momento el concepto de enemigo. ¿Quién es el enemigo o la enemiga? ¿Qué vale la vida de los que no son nuestros? y ¿Qué está permitido hacer con sus cuerpos? Era imprescindible, pues, un apartado introductorio que contextualizara cómo las violencias que ya existen en las dinámicas internas de una sociedad y, sobre todo, en el ámbito privado, se extienden al ámbito público y se convierten en un mecanismo generalizado para gestionar los conflictos.

Prácticamente todas las culturas humanas han enfrentado la experiencia o la amenaza de un conflicto bélico (Goldstein, 2001). Se calcula que más de **27 millones de soldados** participan actualmente en los ejércitos formales (International Institute for Strategic Studies, The Military Balance, 2014). Pero la guerra, tal como la hemos concebido históricamente, ha mutado, y el número de personas enroladas en grupos armados y paramilitares aumenta esta cifra de forma no oficial. Pere Ortega señalaba en un artículo, citando datos del Department of Peace and Conflict Research de la Uppsala University, que en 2012 se contabilizaban 33 conflictos armados, mientras que los datos señalaban cómo en 2014 esta cifra había aumentado hasta 41 (Ortega, 2015).

Sin embargo, la frontera entre la guerra abierta y la guerra encubierta se diluye, dejando paso a nuevas configuraciones bélicas que no tienen un principio y un final, ni tienen lugar dentro de unos límites temporales y espaciales claros. La línea entre civiles y soldados, entre fuerzas regulares, insurgentes, civiles y mercenarios es ahora más difusa que nunca (Engstrom, 2013), cualquier civil puede convertirse en objetivo de un avión no tripulado, de una milicia, de un grupo de mercenarios o de la franquicia autóctona de un grupo terrorista que recibe órdenes de un mando que está a miles de kilómetros de distancia. Por sorpresa y sin uniformes. Los y las civiles se encuentran, pues, en medio de la guerra.

La mal llamada "Guerra Global Contra el Terror", iniciada con una declaración del ex presidente estadounidense George W. Bush cinco años después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra las torres gemelas (Gordillo, 2015), impone un estado de excepción permanente que amplía la ya clásica justificación de la violencia por parte del estado liberal en términos de protección y seguridad, y se convierte en trinchera y coartada perfecta para un **recorte de derechos y libertades** que la población aceptará presa del miedo (Tortosa, 2006). La vida

cotidiana y el funcionamiento normal del poder se impregnan de la amenaza y la violencia bélicas (Negri & Hardt, 2006). Se impone, pues, la alerta continua, la construcción del 'otro' en negativo, el odio al diferente, al disidente y la aversión a los y las que no son útiles para la guerra.

Asimismo, la función bélica se externaliza a manos de Ejércitos paraestatales, Milicias, bandas de criminales y Corporaciones armadas con participación de estados y de Compañías privadas (Newman, 2004). La meta de las nuevas guerras ya no es la conquista de territorio, sino que su propia existencia es un fin. Para autores como Rita Segato, "la progresiva pérdida de control sobre la economía y el capital, hace que las potencias vean en la proliferación de las guerras su última forma de dominio" (Segato, 2013).

Con la aparición del Estado Islámico sustituyendo a Al Qaeda como nueva amenaza global, los discursos sobre la necesidad de medidas inauditas –y cuestionables– para combatir el terrorismo han calado también en las instituciones de gobernanza supranacional. El consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó, en noviembre de 2015, la resolución 2249 que instaba a tomar "todas las medidas necesarias para combatir el ISIS" (the military Balance, 2016), mientras que la Unión Europea avanza hacia un blindaje cada vez más hermético de las fronteras exteriores (y de las interiores) para contener el éxodo de refugiados y migrantes africanos y de Oriente Medio. Con un número creciente de policías y ejércitos patrullando las calles de las ciudades europeas como elemento disuasorio para posibles atentados y el auge e institucionalización de movimientos de carácter fascista, **la militarización toma nuevas formas de legitimación**, en este caso la de protección de la identidad europea.

En este contexto, es evidente que la centralidad de la protección de la vida, que vivió su época dorada con el despliegue del sistema internacional de Derechos Humanos, se desplaza y se des-universaliza. Así, se producen tres fenómenos:

- La **globalización** mercantiliza los derechos humanos fundamentales, especialmente los derechos a la vida y a la seguridad, a través de la vulneración generalizada de los derechos económicos, sociales y culturales de la población en situación de exclusión (Villán Durán, 2006). Las vidas no occidentales –y no blancas– quedan desprotegidas del sistema de DDHH, se devalúan y se convierten en extremadamente precarias.
- La "lucha contra el terrorismo internacional" genera un vacío moral en el que se aprueban –en las sociedades occidentales– **legislaciones de carácter excepcional** que suspenden garantías procesales y democráticas y abren las puertas a excesos y abusos de poder de las fuerzas de seguridad (Villán Durán, 2006). Estas violaciones de las libertades básicas, incluso en sus versiones más brutales (como el homicidio o la tortura), son legitimadas y convertidas en un hecho racional. Matar a otra persona deja de ser delito o escándalo para convertirse en una "necesidad social" (Martín Baró, 2003), previa construcción de las figuras de enemigo de la patria y amenaza a la seguridad. Ellos y las potenciales terroristas –según pertenencia étnica, ideológica o religiosa– verán comprometido, también, su derecho a la vida y la integridad.
- La **violencia contra las mujeres y las identidades sexuales** y de género disidentes (gays, lesbianas, transexuales, transgénero, intersexuales o masculinidades no hegemónicas) deja de ser un efecto colateral de la violencia generalizada de la guerra y se convierte en un objetivo estratégico hacia la derrota moral del enemigo (Segato, 2013; 2014).

Finalmente, como cultura de guerra amparada en un conjunto de valores y actitudes basadas en la centralidad de la violencia (Camps-Febrer, 2016), la militarización conlleva una reorganización de la sociedad en términos económicos, educativos y de género. Precisamente, esta última perspectiva es clave para

analizar cómo las desigualdades de clase, sociales, étnicas e institucionales se agudizan en contextos de violencia armada y cómo el acceso de las mujeres al poder y a los recursos se ve afectado (Cohn, 2013). La militarización tiene, pues, claras implicaciones materiales y simbólicas para hombres, mujeres y otras identidades sexuales y de género existentes en la sociedad.

2. MILITARISMO Y GÉNERO: UNA RELACIÓN PROVECHOSA

Muchas mujeres dicen: '¿Guerra? No me hables de guerra.

Mi vida se parece bastante a un campo de batalla.'

Cynthia Cockburn, *The Continuum of Violence:*

A Gendered Perspective on War and Peace

No todas las identidades han tenido, históricamente, o tienen acceso al control del estado, a la política institucional o al ejercicio de la violencia. Ni tampoco a las decisiones sobre cómo, cuándo y contra quién se utiliza esta. Existen barreras de acceso étnicas y culturales (por ejemplo, las comunidades indígenas en América Latina o los afroamericanos en Estados Unidos), pero también barreras de clase y estrato económico. Así, la militarización social, es decir, la penetración del estamento militar y de sus valores en la política, la sociedad, la economía o la educación (Calvo, 2015) es un mecanismo de reproducción de clase y de etnia, ya que extiende el ideal universal del “servicio a la patria” como forma de acceso a la ciudadanía de pleno derecho (Levy y Sasson-Levy, 2008).

Pero esta consideración de ciudadanía, a la vez, está fundamentada en una exclusión previa de las mujeres del acceso a los ámbitos público y político, que se encuentra en los fundamentos mismos de los estados modernos y de las democracias liberales. Y es que, cuando Thomas Hobbes, teórico fundamental del liberalismo, dice que el estado es un hombre artificial producto del contrato social (Hobbes, 1695; 2003) se refiere literalmente al hombre como realidad social concreta, no al ser humano como categoría universal. Lo que se defiende –en última instancia– con la guerra interna o externa, es este contrato social “entre hombres libres” (Rousseau, 1751), que actúa como base de la regulación de los derechos y deberes de ciudadanía y que, como se indica de nuevo, excluye más de la mitad de la población.

Mientras que el contrato social regula la libertad civil en el ámbito público, deja el ámbito privado en manos de otro contrato, el sexual (Pateman, 1988), regulado por los hombres a través del matrimonio y que formaliza la asunción por parte de las mujeres de las tareas de reproducción y cuidado de las nuevas generaciones, de forma naturalizada y sin retribución. Esta división sexual es la base económica y política de las sociedades modernas. Y la violencia, en sus vertientes física, simbólica e institucional, es un acto domesticador, un instrumento para mantener la dominación y el control sobre las mujeres (Segato, 2003), y la división de ambas esferas. La reproducción de identidades que ejercen esta violencia es, así, una necesidad social.

Cuando la cultura de la guerra penetra en las sociedades, se apoya no sólo en esta división sexual de los mundos público y privado, sino en toda la construcción social que se hace sobre las categorías hombre y mujer y que llamamos “género” (Sjöberg y Via, 2010) y que proporciona las identidades que el militarismo necesita para sus objetivos.

El género, entendido no sólo como una forma de categorizar los individuos desde su sexualidad, sino como un sistema de relaciones de poder desiguales, es el eje que organiza las sociedades patriarcales. Al ser el género una construcción funcional y maleable, que funciona a través de simbolismos, representaciones, valores y estereotipos (De Lauretis, 1989), el significado de lo que implica ser y comportarse como “un hombre” o “una mujer”, dependerá del momento histórico, económico y político.

Entonces, cuando se acerca una guerra o la amenaza de ésta, el sistema reorganiza sus relaciones de género de cara a la nueva situación. Los valores propios de la cultura militar colonizan nuestros cuerpos y mentes y las relaciones sociales, es decir, la política en su sentido amplio e integral (Camps-Febrer, 2016). La obediencia a la autoridad, la agresividad, la disciplina, la aceptación de la jerarquía, distorsionan el sistema moral y fuerzan nuevas legitimidades.

La masculinidad y la feminidad, como conjunto de estereotipos y expectativas sociales asociadas a cada uno de los dos géneros (Sjöberg, 2014), disciplinan a los individuos para forzar su adaptación a “la norma”, excluyendo aquellas identidades sexuales que no se introducen en esta división estricta y funcional. A su vez, estas sociedades privilegian unos valores, comportamientos, estereotipos y capacidades por encima de otros, especialmente aquellos ligados al mantenimiento del orden patriarcal. Las identidades que se promueven y privilegian más claramente desde las instituciones, y –en el caso de las masculinidades– las que ostentan el poder y copan los espacios de decisión, son las llamadas identidades hegemónicas (Kimmel, 2007).

Si la construcción de las masculinidades y de las feminidades se focalizaban en la producción de bienes y la reproducción y el cuidado de la mano de obra industrial y campesina, respectivamente, ahora se orientará además hacia el sostenimiento de la guerra. La masculinidad hegemónica, como veremos más adelante, pasa a ser el soldado, el hombre dispuesto a morir y matar por la patria, mientras que las feminidades se encuadran, a su vez, en la necesidad de que un grupo de personas civiles sustenten las élites guerreras de forma gratuita o altruista (Gazteizkoak, 2008).

No es casualidad, pues, como veremos en el apartado siguiente, que las feminidades útiles en las culturas militarizadas sean las de la madre, la esposa, la trabajadora sexual y la obrera que sustituye aquellos que han sido llamados a filas. Como tampoco lo es que en todos los conflictos conocidos –pasados y presentes– la inmensa mayoría de los combatientes hayan sido hombres. Esta complementariedad, que como hemos visto, no aparece únicamente en tiempos de guerra sino que es previa, es una muestra de la relación de profunda interdependencia que existe entre el género y el militarismo (Reardon, 1996), en tanto que el Patriarcado genera las identidades que la guerra necesita, y el militarismo refuerza el monopolio de los hombres heterosexuales sobre la esfera pública y política, al tiempo que procura la necesaria legitimación de la violencia que el sistema patriarcal necesita para perpetuarse.

Generalización de la violencia, desprotección de la vida y ruptura moral

“La guerra y la paz, comienzan en casa”, explicaban a Cynthia Cockburn las mujeres de Sierra Leone (Cockburn, 2007). Y es que, para las mujeres la frontera entre la guerra y la paz no es tan significativa. Si el militarismo y la cultura de defensa nos retrotraen al concepto de seguridad humana, es importante comprender la complejidad de lo que este concepto de seguridad supone para las vidas de aquellos sujetos sociales que están constantemente sometidos a violencia privada.

La legitimación de la violencia, y los cambios en el sistema moral y de valores que conlleva la militarización, tiene consecuencias materiales muy claras en los cuerpos y en las vidas de las identidades no hegemónicas / privilegiadas. Tiene, pues, efectos en las vidas cotidianas de las personas. Algunos son tan simples como que un matrimonio puede verse directamente afectado si el marido decide alistarse en el ejército de su país y todo su entorno asume que las necesidades del soldado primarán sobre las de la propia mujer (Enloe, 2007). Otros, son mucho más profundos y colectivos.

En las sociedades patriarcales y militaristas, que los hombres y las mujeres son o deben ser de cierta forma –la normatividad– y que la violencia es inherente al

ser humano se convierten casi en dogmas de fe. Por otra parte, la vida militarizada impone una conciencia homogénea común en aquellos que forman parte del selecto grupo de los elegidos, a través de la identificación grupal como, por ejemplo, con el uso del uniforme. A la vez, se exaltan valores como el compañerismo –o el corporativismo– masculino, el espíritu gregario, la obediencia acrítica de las órdenes o la lealtad a la institución. Hay contrapartidas, claro. El grupo siempre defenderá “los suyos”. Y esto, con unas instituciones militarizadas detrás, las transformaciones ya mencionadas en la escala de valores y la legitimación de la violencia en nombre de la seguridad, puede contribuir al aumento de la impunidad de los abusos de poder sobre los cuerpos que no son “suyos”.

La socialización militar busca anular la individualidad para fabricar un contingente de soldados dispuestos a todo por la Patria. La pertenencia al grupo selecto, a esta nueva identidad colectiva, aísla sus miembros y establece una diferencia profunda entre los “otros” y los tuyos. Una diferencia que no es menor. Y es que la militarización se fundamenta y se extiende gracias a la creación de la figura del enemigo a combatir que el *Diccionario de la guerra, la paz y el desarme* del Centro Delàs define como “una construcción problematizada, estereotipada y distorsionada del “otro,” que contribuye de forma clara a la deshumanización y a la insensibilización al sufrimiento” (Calvo, 2015).

El enemigo no toma siempre la misma forma, varía en función del momento y del contexto, pero en el fondo esta deshumanización impregna todos los sujetos que no entran dentro del grupo privilegiado. Así, las mujeres, las masculinidades no hegemónicas, las personas LGTB, los migrantes, la disidencia política o las minorías étnicas y religiosas, se convierten, también, en enemigos. Esta alterización negativa genera distinciones entre las vidas valiosas, las que merecen actos y homenajes públicos, lágrimas y luto oficial, y las vidas destructibles, las que pueden desaparecer de una forma que se nos presenta como “natural” (Butler, 2011). Diferencias que también están entre las vidas existentes y las inexistentes, es decir, las que son sujeto de derechos de ciudadanía y las que no lo son. Los hombres tienen derecho a defender su vida, y los abusos que reciben, así como sus muertos, forman parte de un sistema de derechos que castiga las vulneraciones que se cometen en el ámbito público. En cambio, las vulneraciones que suceden en el ámbito privado, que las mujeres sufren de forma muy mayoritaria, son legitimadas y amparadas desde las instituciones políticas, educativas, judiciales y religiosas, a pesar de estar reguladas dentro del sistema penal. Al mismo tiempo, las vidas de segunda que no existen oficialmente como sujetos de derecho, pueden acabar en centros de internamiento sin garantías, mientras que las vidas de primera tienen derecho a un juicio justo y son sujeto de garantías legales.

Las vidas precarias coinciden, en estos casos, con las vidas más necesitadas de protección, pero la reacción que generan es exactamente la contraria. Este hecho genera una ruptura moral en la sociedad. También el valor de los cuerpos es desigual: los de los guerreros son honrados, los cuerpos vulnerables pueden ser agredidos y se convierten en un terreno de batalla para la destrucción del enemigo (Segato, 2014). Así, en tiempos de guerra o de conflicto armado, los cuerpos de las mujeres son una extensión de la línea del frente.

De hecho, una de las consecuencias más tangibles de la militarización de la sociedad, ya sea antes, durante o después de un conflicto, es el aumento de la violencia de género, homófoba y xenófoba y, especialmente, de aquella que coge una forma sexualizada de brutalidad. Y es que el militarismo, por su esencia autoritaria, busca el aniquilamiento del contrario, ya sea un oponente ideológico, sexual, étnico o religioso. De este modo, la violencia militar traspasa los límites con que equilibra la violencia oficial, legitimando su generalización en las estructuras que ya dispone el Patriarcado.

Uno de los abusos más estereotípicos en este sentido es la generalización de las violaciones y de la violencia sexual en todas sus formas como acto profun-

damente asociado al desequilibrio de poder entre hombres y mujeres, entre heterosexuales y homosexuales, e incluso como herramienta para disciplinar otros cuerpos masculinos y crear relaciones de subordinación, por ejemplo, entre soldados y hombres civiles, entre combatientes de diferentes bandos o incluso entre hombres que ocupan posiciones diferentes en la jerarquía militar del mismo ejército.

Estas formas de violencia y control, sin embargo, no son consecuencia del conflicto, sino que son una continuación de las que ya se ejercen contra las mujeres en tiempos de “paz” en las sociedades patriarcales. Violencias estructurales previas al conflicto y que lo sobreviven. Es lo que se llama *continuum* de las violencias. Sin menospreciar, sin embargo, que las condiciones específicas que crean la militarización y el conflicto armado, como la legitimación extrema del uso de la fuerza, pueden afectar de forma diferencial a las víctimas de esta violencia y que, además, abren un campo de permisividad donde los cuerpos precarios pueden ser tratados de formas que en otros momentos no hubieran sido moralmente aceptables (Urban Walker, 2009).

En conclusión, es básico plantear cómo las identidades no hegemónicas se relacionan con la figura del enemigo / adversario para entender la devaluación que sus cuerpos y sus vidas sufren en contextos militares y, especialmente pero no exclusivamente, de conflicto armado. Por otra parte, una comprensión adecuada de este *continuum* de las violencias que difumina la frontera entre la guerra y la paz, será difícil concebir una perspectiva de la seguridad humana que no excluya las mujeres y las sexualidades disidentes. Pero el militarismo no genera sólo consecuencias físicas, también entorpece de forma material las vidas y los derechos sociales básicos de la población donde penetra.

Otras consecuencias: gasto militar, inversión pública y exclusión institucional

Algunas de las consecuencias materiales de la excepcionalidad que impone la militarización es la exclusión de las mujeres y de las identidades sexuales disidentes del ámbito público, donde se hacen efectivos los derechos sociales, políticos y culturales. Si los derechos de ciudadanía de las mujeres ya han sido históricamente problematizados, como hemos visto, por el carácter elitista del contrato social, la deriva hacia el militarismo reduce aún más el círculo de quienes tienen acceso a la toma de decisiones.

La división entre las esferas pública y privada se hace, pues, más estricta y se traduce en una fuerte masculinización de las instituciones y de los espacios de poder político (Cockburn y Zarkov, 2002). Aquellas instituciones que intervienen directamente en el desarrollo y gestión de la industria de guerra y de la cultura militar, tienden especialmente a ser encabezadas por hombres, mientras que en los departamentos más directamente ligados con las esferas reproductivas y de cuidado (educación, salud, asuntos sociales) está simbólicamente más aceptada una dirección femenina. Las experiencias de mujeres al frente de departamentos de defensa y acción exterior en sociedades militarizadas son escasas pero destacables. En España, Carme Chacón encabezó el ministerio de Defensa desde el 2008 hasta el 2011, en medio de críticas constantes por su gestión, durante la cual autorizó una intervención exterior en Libia.

La militarización, como profundamente intrincada, también, con el sistema económico, genera consecuencias en la priorización del gasto e inversión pública de los estados. Si el gasto en defensa y seguridad es una prioridad económica, las partidas se deberán recortar de otras esferas, a fin de equilibrar los presupuestos. La lógica militar hace que muchos gobiernos asignen a defensa y seguridad un presupuesto mayor o equivalente a la inversión en educación, salud, vivienda o prevención de la violencia de género. En España, por ejemplo, el gasto militar final de 2015 –calculado por el Centro Delàs e incorporando las partidas ocultas

y las que no se consideran propiamente defensa, como el CNI– fue de 17.465 millones de euros. Esta cifra, tres veces superior a la de las partidas del Ministerio de Defensa, representa un 1,6% del PIB español. Paralelamente, la inversión social no ha dejado de decrecer desde 2008.

Cuando este recorte o bajada de la inversión afecta ámbitos feminizados o relacionados con la dimensión social, es evidente que las cargas que las mujeres asumen de forma no remunerada aumentan, ya que responden a necesidades sociales a las que se debe dar respuesta. Al mismo tiempo, las mujeres siguen asumiendo la mayor parte de los trabajos parciales, temporales y precarios, lo que se agrava en tiempos de conflicto cuando se convierten en la mano de obra sustitutoria en trabajos antes ocupados mayoritariamente por hombres, pero en peores condiciones. Así, la feminización de la pobreza, la precarización, el aislamiento, el desplazamiento interno, la ruptura del tejido familiar y comunitario son otros impactos de la militarización en las vidas cotidianas de las mujeres.

En definitiva, considerando todo lo expuesto en este punto, el efecto global de la militarización de una sociedad es el desplazamiento del cuidado de la vida como prioridad y su sustitución por la cultura de la muerte y de la guerra. Sus consecuencias sobre la construcción social de hombres y mujeres, lo que llamamos masculinidades y feminidades militarizadas, así como para las relaciones interpersonales dentro de una sociedad, merecen una disección profunda.

3. MASCULINIDADES Y FEMINIDADES MILITARIZADAS

Alguien tiene que matar y morir en las guerras o en estas fronteras blindadas militarmente. Y alguien tiene que cuidar de los soldados, de las futuras levadas y del resto de la población, especialmente cuando la inversión social decae en beneficio del gasto militar. Así, la militarización de las mujeres es crucial para la militarización de los gobiernos y necesaria para la militarización de los hombres (Enloe, 2000).

De cara a enrolar la población en general en las funciones requeridas para la guerra, se ha recurrido tradicionalmente a la épica. Los militares son los guerreros que cuidan la familia y, por extensión, la nación, mientras que las mujeres son glorificadas como madres y esposas de los heroicos soldados y de la patria entera. Este relato contribuye a la hegemonía de los modelos tradicionales de hombre, mujer, sexuales y de familia, otorgando la hegemonía social a un tipo de masculinidades muy dominantes, basadas en valores y comportamientos violentos y agresivos. Las mujeres pasan a hacer el papel de las “otras”, de los refuerzos necesarios, de los cuerpos que engordan los engranajes de la maquinaria de guerra para que no deje de funcionar. La agencia desaparece en favor de la complementariedad entre los “hombres duros y las mujeres tiernas”.

Pero la realidad es que la mayoría de hombres no desean arriesgar su vida en una guerra. Se construye, pues, todo un sistema de motivaciones que van desde el hecho político y simbólico (el patriotismo, la nación que merece ser salvada) hasta lo emocional. La protección caballeresca de las mujeres es, también, una motivación efectiva (Goldstein, 2001), sobre todo a nivel discursivo. Es por ello que se construye alrededor de las mujeres que quedan en casa un aura de “almas puras” (Elshtain, 1987) de seres inocentes y vulnerables, necesitados de protección, por los que hay que luchar. Incluso cuando la complejidad de los roles reales que las mujeres y los hombres desarrollan en las guerras desafía frontalmente esta idea, la dicotomía guerrero / alma pura funciona perfectamente como motivación para hacer la guerra y morir (Sjöberg, 2014).

Por ello, analizar el tipo de identidades de género, de masculinidades y feminidades, que crea y privilegia el militarismo, es central a la hora de comprender el funcionamiento de la guerra misma.

Las masculinidades militarizadas

Para hacer la guerra, justificar o tomar decisiones que le favorezcan, se necesita un perfil determinado de hombres, una asociación estricta entre la masculinidad y el hecho militar. El hombre es el soldado. Como diría Joshua Goldstein, recuperando la idea de la relación recíproca entre el género y el militarismo, “los guerreros son construidos en masculino y la masculinidad es construida a través de la guerra” (Goldstein, 2001). Pero, considerando que ya no vivimos –mayoritariamente– en una estructura de clanes ni guerreros, es evidente pensar que estas masculinidades requieren entrenamiento y preparación para reaccionar rápidamente de una forma agresiva sin sentir miedo ni ninguna emoción que los paralice. Este “entrenamiento” es un proceso de resocialización y aprendizaje de nuevas pautas que se lleva a cabo bien dentro de la institución militar –por los soldados– o a través del discurso político, mediático, educativo y en el núcleo familiar, lo que requiere la complicidad de la sociedad en su conjunto. La identidad que surge de este proceso es el que se denomina masculinidad militarizada o “hipermasculinidad” (Enloe, 2000).

En la hipermasculinidad, que se caracteriza por atributos como la agresividad, la misoginia, la desvalorización de lo considerado femenino, la competitividad y la voluntad de dominación (Ni Aoláin, Haynes y Cahn, 2011) la idea tradicional de virilidad se agudiza, se extrema. La relación jerárquica entre las identidades dominantes y las subalternas o subordinadas, se hace más fuerte y estricta. Incluso en ausencia de conflicto, a las sociedades militarizadas y sumidas en crisis económicas, la hipermasculinidad ofrece una salida a la frustración por no poder cumplir con el rol asignado (*breadwinner*, triunfador profesional) y permite adquirir de nuevo un estatus de poder, recuperar “el hombre”. La violencia es, así, un medio para restablecer la dominación perdida, para acceder a las limitadas arenas de poder disponibles en circunstancias extremas.

Si la pervivencia de la institución militar y su intervención en conflictos depende de la capacidad de atraer nuevos miembros, especialmente chicos jóvenes, el reclamo será el acceso fácil a ser “hombres de verdad”. Así, el paso por el ejército o el grupo insurgente se convierte en el sustitutivo de los antiguos rituales de paso o iniciación del niño infante/joven al hombre adulto, papel que en muchos países, y en España hasta hace dos décadas, hacía el servicio militar obligatorio (Zulaika, 1989). El servicio militar no sería, pues, tanto un servicio al estado como la posibilidad de ser considerado dentro de la verdadera masculinidad. (Gül Altınay, 2006). Se consigue, pues, una asociación absoluta entre los valores militares y los rasgos propios del género masculino (Martín Baró, 2003). La valentía, la obediencia y el corporativismo se exaltan y se premian, y el buen ciudadano es aquel dispuesto a resolver los conflictos a través de la violencia. Es pues, la institución militar, quien define cuál es la masculinidad patriótica, la masculinidad “sana” (Camps-Febrer, 2015). Por el contrario, el hombre pacifista es representado como afeminado, cobarde, desleal y traidor a la nación ya su sexo (Yuval-Davis, 1997).

Y es que el ejército no sólo no procesa según qué tipo de masculinidad –por ejemplo, las masculinidades homosexuales o transexuales– además, acaba definiendo la normalidad, es decir, modifica los modelos de comportamiento que se consideran ejemplares en una sociedad. Al generar una identidad grupal tan fuerte y un ambiente de competencia, la voluntad de seguir siendo considerado un miembro más de la élite empuja a los jóvenes a tener que demostrar constantemente su adhesión a los valores, a “tener que estar a la altura”.

Estas dinámicas de chantaje y de inclusión-exclusión permanente del grupo primario, combinadas con el *male-bonding* (corporativismo entre las masculinidades hegemónicas y sus aspirantes) que caracterizan desde el ejército hasta los grupos juveniles, generan y legitiman un nivel de violencia hacia las otras identidades, en el caso militar con el único freno de los mecanismos punitivos de la misma institución.

La violencia paralela: castigo y exclusión

El enaltecimiento de valores como la violencia, la brutalidad y la cosificación como sinónimo de “hombre” no es posible sin la devaluación de todos los rasgos asociados a la feminidad, que pasarán a ser identificados como contrarios a los intereses de la guerra (Peterson, 2010). El desprecio a lo femenino, junto con la deshumanización progresiva de los “otros”, es parte de la preparación emocional para la eliminación del adversario (Withworth, 2004) y allana el camino para la violencia generalizada fuera de la propia guerra, pero también en lo que se denomina ‘violencias paralelas’, que investigaciones como “Silencios, las violencias paralelas en las Fuerzas armadas” (Adelantado y otros, 1999) sacaron a la luz, sobre el ambiente de coacción y violencia en que son forjadas las masculinidades que integran un ejército. Los soldados están continuamente expuestos, dentro del ejército, a niveles de violencia cotidianos que no responden al objetivo de prepararlos para la defensa de la sociedad.

Esta violencia paralela contra los propios miembros del cuerpo militar castiga cualquier debilidad o disidencia a la masculinidad hegemónica con el castigo físico y sexual, la reclusión, el ostracismo, la coacción y, en última instancia, con exclusión del sistema de privilegios y poder político. El ejemplo más claro es el dogma que pervive en el ejército alrededor de la heterosexualidad obligatoria –una de las condiciones *sine qua non* para ser considerado “hombre”– y la asociación de cualquier rasgo o comportamiento diferente con la homosexualidad. Hace unos meses, por ejemplo, un ex soldado con secuelas severas de su estancia en una misión internacional, reconocía en un reportaje que “en el ejército puedes coger la baja por motivos físicos, pero si la solicitas por motivos psicológicos o emocionales eres un traidor o un maricón” (“Secuelas psiquiátricas”, Diario VICE, 12/9/2016).

Los hombres militarizados, pues, deben ser valientes, leales, viriles y aguantar estoicamente y sin hundirse las situaciones que contemplan y que contribuyen a generar. Pero el miedo es un mecanismo de alerta imprevisible e instintivo, difícil de evitar en situaciones límite. Las vulneraciones y abusos por parte de compañeros y superiores, y la obligación de mantener el silencio sobre estos por el bien de la institución, pueden minar el sentimiento de corporativismo y lealtad. Y la hipersexualización que va asociada con la virilidad y la deshumanización del enemigo pueden llevar a los soldados a cometer actos para obtener la aprobación del grupo que generen una ruptura psicológica y una disociación moral entre quienes querrían ser y que han acontecido. La élite de la masculinidad hegemónica es, pues, un privilegio inestable y no apto para todos.

A pesar de la preeminencia de estos referentes y modelos, hay masculinidades que oponen resistencia a ser instrumentalizadas para la guerra o escapan de la normatividad. Uno de los ejemplos más cercanos de esta disidencia de género, en buena parte consciente, es la acción del movimiento antimilitarista y del movimiento por la insumisión y la objeción de conciencia, que consiguió el fin del servicio militar obligatorio en España en 2001 (Compairé, 2011) y, por tanto, de un elemento clave en la militarización de los jóvenes.

Como hemos visto, la construcción del hombre heterosexual militarizado como sujeto privilegiado implica también la construcción del resto de sujetos y, especialmente de las feminidades, como complementarias.

Las feminidades militarizadas

La imagen estereotipada de los hombres como perpetradores de la guerra y de las mujeres como víctimas pasivas de la misma, si bien ha contribuido a evidenciar el carácter sistemático de la violencia que reciben las mujeres, también ha alimentado representaciones limitadas sobre la feminidad. De esta manera, la capacidad de las mujeres de ser sujetos activos en los conflictos ha quedado en segundo término, y la variedad de sus experiencias, ignorada (Mendia, 2008).

Si la masculinidad en contextos de guerra se equipara al soldado, la feminidad está totalmente asociada a las figuras cuidadoras. La construcción social de las mujeres, en general pero especialmente en relación con la violencia, está basada en rasgos como la pasividad, la inocencia, la pureza, el talante pacífico, la belleza, la sumisión, la vulnerabilidad y la necesidad de ser protegidas (Sjöberg, 2014). En una dimensión práctica, como hemos visto, esta base es imprescindible para que las mujeres naturalicen la asunción del trabajo reproductivo y afectivo de forma no remunerada. La figura femenina que simboliza este tipo de feminidad es la madre, asociada a la paz, a la incompatibilidad entre el ejercicio de la violencia y la capacidad de engendrar vida. Paradójicamente, en las sociedades militarizadas, la figura de la madre es utilizada como fetiche para revestir simbólicamente la retórica de guerra y justificarla. Así, el rol maternal individual se hace extensivo a toda la sociedad, las mujeres hacen la función de esposas y madres biológicas y sociales de los soldados, de las futuras levas y de la nación completa (Cooper, 2014).

En esencia, las feminidades militarizadas no difieren en exceso del modelo hegemónico de feminidad de las sociedades patriarcales, más bien se caracterizan por su instrumentalización al servicio de la guerra. La feminidad es una herramienta en manos de oficiales militares y autoridades civiles, que enrolan las mujeres en la causa militar, por ejemplo, haciéndolas sentir en deuda con la patria, responsable de las victorias y derrotas, de la pérdida de vidas y de valores, de hacerlas sentir orgullosas o convenciéndolas de que actúan por patriotismo o amor (Enloe, 1989). Este relato tiene consecuencias también sobre los cuerpos de las mujeres y de las identidades sexuales y de género disidentes. Más allá de la seguridad humana y el alcance de este término, que ya hemos abordado en el punto anterior, la cultura de guerra refuerza el vínculo de propiedad del estado y de las masculinidades hegemónicas, pero también de otras instituciones totales como el ejército y la iglesia, sobre los cuerpos de las personas y, especialmente, sobre su sexualidad y capacidad reproductiva. Así, no es extraño que, si la maternidad es simbólicamente el papel más valioso que se otorga a las mujeres en las sociedades militarizadas, mecanismos de agencia sobre el propio cuerpo como el aborto quedan –todavía– más restringidos. El militarismo como ideología no carece, pues, de un programa moral basado, sobre todo, en el rechazo al aborto y la homosexualidad (Digby, 2014).

Así, si el papel público reservado para las mujeres es el de símbolo del sacrificio desinteresado de su prole por lealtad a la patria, este sujeto asegura, también, una legitimidad y un acceso al espacio público que no tienen las mujeres en otras posiciones (Young y Willmott, 1986). En Argentina, en Irlanda del norte, en los Balcanes, en el Kurdistán o en Estados Unidos, las mujeres se han opuesto a la guerra precisamente desde esta posición de madres, ofreciendo resistencia desde el único sujeto social femenino que era escuchado (Cooper, 2014). Una legitimidad en parte conferida por la no transgresión de los límites de la feminidad.

Pero el estereotipo de pureza y fragilidad que aún pervive es constantemente desafiado, como veremos en el punto siguiente sobre la militarización de las mujeres, por la realidad material y por la multiplicidad de los roles que éstas desarrollan en contextos de conflicto social o armado (Cohn, 2013). Y es que, muchísimas mujeres, no sólo no tienen un papel pasivo en la militarización, sino que contribuyen decisivamente subiendo la moral de las tropas, proveyendo confort durante y después de la guerra, sustituyendo los hombres como mano de obra para que no pare la maquinaria económica –con el consiguiente agravamiento de la doble jornada–, reproduciendo valores e ideología militarista a las nuevas generaciones de soldados y colaborando con la logística como enfermeras, administrativas, comunicadoras, telefonistas, mensajeras, trabajadoras sexuales, cocineras, esposas entregadas, maestras, conductoras e, incluso, como soldados y combatientes (Nordstrom, 2007).

Las mujeres somos pacifistas: ¿mito o realidad?

Si bien es cierto que tanto hombres como mujeres participan en todo el mundo en movimientos antimilitaristas y pacifistas, es innegable el papel destacado y preeminente que tienen las mujeres en éstos. Además de liderarlos en muchos casos, las mujeres destacan por jugar un rol esencial en la recuperación de los vínculos interpersonales y en la construcción de alianzas y puentes para revertir la alteridad negativa (Farr, 2002). La asociación de las mujeres con la paz, por otra parte, es histórica, desde la fundación de la liga internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad (WILPF, en inglés) en 1915, hasta el rol destacadísimo que las mujeres colombianas y filipinas han ejercido en la construcción de acuerdos de paz en sus conflictos respectivos.

Si antes analizábamos como la cultura militar agudiza las restricciones del acceso al espacio público y la participación, cabe destacar ahora como los movimientos de paz pueden actuar como catalizadores de esta misma participación. De hecho, una de las características más interesantes de la relación de las mujeres con los movimientos por la paz es la frecuencia con que éstas se organizan de forma separada en sus propios espacios, escogiendo formas de protesta propias –como las vísperas silenciosas– y manteniendo el control sobre sus acciones (Cockburn, 2007).

Sin embargo, dentro de los propios movimientos de mujeres por la paz coexisten visiones muy diferentes sobre la misma. Los componen mujeres que se consideran pacifistas, otras antimilitaristas, ambas cosas, las que creen en guerras justas o que, simplemente, están en contra de aquella guerra concreta (Cockburn, 2007). Es difícil, por tanto, hablar del feminismo pacifista como un todo homogéneo, y al contrario, bien fácil, asociar las mujeres con el pacifismo de forma automática y sin matices. Esta asociación viene de lejos y tiene diferentes perspectivas.

La visión más esencialista de esta relación se fundamenta sobre el carácter “naturalmente pacífico” de las mujeres (Fukuyama, 1998), generadoras de vida, que considera el impulso de amenazarla o de arrebatarla como antinatural y que va en contra de la misma condición femenina. También hay corrientes, bastante hegemónicas en el feminismo internacional, que consideran que la socialización de las mujeres nos construye una base moral que pone en valor métodos de gestión de los conflictos como la empatía, la mediación, la negociación y la alteridad positiva. Las mujeres somos educadas en el pensamiento maternal y en la ética de los cuidados, por lo tanto no nos sentimos impulsadas a ejercer violencia a menos que nos vemos obligadas por la situación (Ruddick, 1989).

Pero la realidad es, de nuevo, mucho más compleja. Las mujeres responden de formas muy diversas a la violencia militarizada, y no siempre lo hacen de forma pacífica, pero si la visibilidad pública de los movimientos de mujeres pacifistas y antimilitaristas ya es bastante limitada, aunque no transgreden las normas de género, los roles activos en conflicto quedan aún más invisibilizados.

Las mujeres han transgredido su posición de madres y cuidadoras incontables veces a lo largo de la historia, en un cuestionamiento permanente de la idea de que la guerra es antitética a la esencia de la feminidad. Si la segunda ola del feminismo llevaba en su seno la reivindicación de espacios para las mujeres en los ámbitos público y político, y abría camino a la hegemonía del feminismo pacifista, también la abría a la incorporación de las mujeres en los ejércitos y los grupos insurgentes en nombre de la igualdad formal.

La idea que subyace, de nuevo, es la capacidad de la cultura de guerra de instrumentalizar la existencia de las categorías sociales de hombre y mujer en su propio beneficio, obviando que la diversidad humana rompe con la categorización estricta que se hace de los hombres y las mujeres. Al mismo tiempo, las resistencias que se generan en esta dinámica, demuestran la complejidad con la que nos relacionamos con el militarismo desde el género.

4. MILITARIZACIÓN DE LAS MUJERES: ¿IGUALDAD O COOPTACIÓN?

Tan cierto es que las mujeres han sido las precursoras de los movimientos pacifistas como que no han estado nunca ausentes en la guerra (Cohn, 2013), si bien hasta las últimas décadas su participación tomaba formas que –mayoritariamente– no transgredían los modelos hegemónicos de feminidad. En las grandes guerras mundiales, las mujeres se incorporaron a los ejércitos formales desarrollando roles logísticos y de apoyo, principalmente como enfermeras, cocineras o mensajeras, aprovechando las rendijas que se abren en momentos donde se necesitan todos los recursos humanos disponibles. Tareas que, en la gran mayoría de los casos, y con excepciones como las más de 500.000 mujeres del ejército soviético o las partisanas que se unieron a la resistencia armada contra el fascismo en países como Francia, Bulgaria, la ex-Yugoslavia, España, Holanda, Italia o Alemania, iban en línea con las expectativas sociales sobre la feminidad.

En contextos de conflicto se crea, pues, una dinámica muy dual en cuanto a los roles de género. Por un lado, la militarización requiere el retorno a los estereotipos tradicionales y la sacralización de la maternidad, y por otro, la necesidad de activos que sustituyan a los caídos en la guerra, incluso si éstos son mujeres, abre un espacio de cierta excepcionalidad, empoderamiento y participación (Zirion, 2012). El caso es que, participaran o no formalmente de la guerra, los grandes conflictos bélicos del siglo pasado han sido claves para la militarización de las mujeres, en forma de apoyo logístico, símbolos de la patria, imágenes icónicas, animadoras para subir la moral de los soldados, mano de obra sustituta a la economía de guerra o difusoras de propaganda belicista.

A partir de los años 70-80, coincidiendo con el auge del movimiento feminista, el discurso de la igualdad de género formal empieza a ser asumido por los Estados y por las instituciones supranacionales. La militarización de las mujeres se vuelve más tangible que nunca, con su incorporación a las fuerzas armadas de numerosos países, que incluso recurren a campañas de reclutamiento específicas. Si bien la participación de las mujeres en el accionar armado ya era una realidad en las filas de algunos ejércitos y guerrillas, la diferencia entre estos últimos procesos y la inclusión en los ejércitos regulares será principalmente una: el apoyo social y el estigma. La complicidad de las instituciones patriarcales permitirá el acceso de las mujeres al ejercicio de la violencia sin sufrir, como contrapartida, el castigo en forma de ostracismo y estigma que sí había acompañado las milicianas de otras estructuras armadas.

Así, en apariencia, el propio sistema permitirá cierta ruptura con los roles tradicionales como símbolo de modernización y progreso tanto del estamento militar como del Estado en sí mismo. Pero, ¿ha implicado la entrada formal de las mujeres en el ejército una transformación real de los roles de género en las sociedades patriarcales? ¿Ha supuesto un cambio real en la institución militar la feminización en términos cuantitativos de estas estructuras?

Incorporación de las mujeres en los ejércitos regulares. La realidad

La incorporación de las mujeres en los ejércitos formales se lleva a cabo, en general, de forma parcial y con restricciones a los roles y tareas que pueden desarrollar. Limitaciones, todavía vigentes en muchos casos, que hacen referencia al desarrollo en posiciones operativas de combate, a la infantería, a las fuerzas especiales o en destacamentos como las unidades submarinas. La entrada de las mujeres coincidirá también con un cambio en el tipo de intervenciones. Con el despliegue del sistema de Derechos Humanos y la consolidación de los organismos supranacionales, se diseñan operaciones militares revestidas de humanitarismo, en las que se demandan otros tipos de capacidades más asociadas a la feminidad. Actualmente, sólo unos 16 países permiten el despliegue de mujeres en las posiciones de combate, la mayoría a raíz de las invasiones de Afganistán e Irak. Los Estados Unidos son uno de los casos más recientes de levantamiento del veto a

las mujeres en unidades de combate directo. Lo hizo en 2013, aunque dos años después sólo dos soldados habían pasado las pruebas físicas. Las mujeres siguen excluidas de algunas posiciones, como las de ametralladoras de los tanques (Rayas, 2014). En España, donde el ejército se abrió a las mujeres en 1989 y el acceso a posiciones de combate desde 1999, aún permanecen vigentes limitaciones como que una oficial que sirve en una unidad no puede tener una superior inmediata o una oficial inferior del mismo sexo. La realidad de la incorporación de las mujeres en este último país estará desglosada en un informe, elaborado también por el grupo de trabajo de Género y Militarismo del Centro Delàs, que sucederá este.

La justificación para la permanencia de los vetos se fundamenta, generalmente, en las diferencias físicas entre hombres y mujeres, en el tipo de pruebas físicas que hay que pasar, en la falta de preparación psicológica o en el que la mezcla de hombres y mujeres en las unidades de combate “reduce la cohesión” entre el grupo. En una publicación del ministerio de defensa británico del año 2009, donde se revisa la incorporación de mujeres en posiciones de combate, se destaca que “la inclusión de las mujeres en estos roles puede afectar negativamente a la cohesión dentro de la unidad, lo que tendría potenciales efectos adversos en la efectividad del grupo en combates de alta intensidad”.

Este argumento apunta el motivo real para la exclusión de las mujeres de las tareas de combate: es el espacio físico y simbólico que supondría una ruptura más clara con la feminidad tradicional. Las mujeres son físicamente y moralmente incapaces de ejecutar las directrices sin suponer una carga para los compañeros de unidad o sin hacer perder efectividad al grupo. Es sobre este pensamiento que se fundamenta la exclusión simbólica de las mujeres de la institución militar, incluso de las que están dentro, a pesar de la ilusión de una igualdad formal.

Era lógico pensar que la integración de las mujeres en un espacio altamente codificado como masculino, en una de las principales instituciones transmisoras de la masculinidad violenta, no sería sencilla. Si bien parte del feminismo internacional celebró este levantamiento del veto como un paso hacia la plena incorporación de las mujeres en todos los espacios de la sociedad y, a la vez, hacia la feminización del ejército. La realidad, décadas después, es que las mujeres están excluidas del núcleo duro de la identidad militar (Cockburn, 2002). Las mujeres podrán acceder a primera línea de frente, pero nunca formarán parte de la élite privilegiada.

De hecho, la respuesta que suscitan las transgresiones de la feminidad de las mujeres soldado, incluso cuando actúan emulando la masculinidad hegemónica, son un reflejo claro de esta exclusión. El escándalo de las torturas en Abu Ghraib de 2003, por ejemplo, fue un punto de inflexión absoluto en la concepción del papel de las mujeres en el ejército. Las soldados a cargo de esta prisión iraquí eran mujeres, precisamente porque los hombres estaban en posiciones de combate. Ellas cometieron torturas y abusos físicos contra los prisioneros e, incluso, abusaron sexualmente de ellos. El estruendo que creó este caso, sus implicaciones hicieron saltar por los aires las premisas de parte del feminismo occidental, sobre todo americano y británico, que partía de la base de que las mujeres soldado eran moralmente diferentes de los soldados hombres (Ehrenreich, 2004). Las representaciones y narrativas que se construyeron alrededor de las soldados implicadas (enfermas mentales, obsesas sexuales,...) difieren de las narrativas que se han desplegado en casos similares con soldados hombres implicados, donde ha imperado la justificación de “boys will be boys” (ya se sabe cómo son los chicos).

El sesgo de género es tangible, también, con respecto a las expectativas de progreso dentro del ejército, en el techo de cristal que limita los ascensos de las mujeres en la jerarquía militar, común a todos los ejércitos, pero sobre todo en las formas que esta jerarquía militar adopta para recordar a las soldados su pertenencia de género.

Uno de los marjados identitarios más perversos, en este sentido, dentro de la institución militar es la violencia sexual. El miedo al daño y al deshonor que el enemigo pueda infligir a los cuerpos de las combatientes ha sido uno de los argumentos contra la participación de las mujeres en primera línea de frente. Los úteros de la nación no pueden ser expuestos a la brutalidad sexual del adversario. Se calcula, sin embargo, que un 20-21% de las mujeres han sufrido violencia y abusos sexuales en el ejército estadounidense a manos de sus compañeros o superiores (Rayas, 2014). La doble moral en este caso actúa como recordatorio de que las mujeres soldado continúan siendo atravesadas por la violencia patriarcal y, sobre todo, que el estamento militar hetero-machista es capaz de absorber individuos femeninos (Eisenstein, 2007), pero no abandonar privilegios de género ni el corporativismo masculino.

La gestión posterior de las denuncias por abusos sexuales dentro del ejército es una prueba empírica de hasta qué punto la entrada de las mujeres se ha producido sin que las rígidas estructuras militares se adaptaran. En muchos casos, los mecanismos de denuncia y sanción internos no son garantistas y no se hace un acompañamiento adecuado a la víctima, que a menudo tiene que hacer frente al estigma de la deslealtad y la traición a la institución.

Analizando el impacto real en el régimen de género que ha supuesto la entrada de las mujeres en el ejército, ¿hasta qué punto –se pregunta el feminismo anti-militarista– animar a las mujeres a incorporarse a la institución militar no ha sido enviarlas directamente a la boca del lobo?

Purplewashing. Militarización y cooptación del discurso de los derechos de las mujeres

Del mismo modo que el discurso del mantenimiento de la paz se ha cooptado para justificar la guerra con las llamadas “misiones humanitarias,” o el discurso de la igualdad de género para favorecer la militarización de las mujeres, la retórica en torno a los Derechos Humanos de las mujeres ha sido utilizada en los últimos 15 años para justificar invasiones militares y guerras. Y es que, una de las herramientas más habituales de promoción del militarismo en las sociedades occidentales es el uso de la mujer como bandera. El llamado *purplewashing* o lavado lila, consiste en aportar un barniz de feminismo liberal-colonial en las intervenciones militares para así legitimarlas como acciones casi de obligación moral y ética. El *purplewashing*, actualmente muy ligado a la islamofobia, se utiliza para reforzar la superioridad moral occidental, invisibilizando las luchas de las que no se ajustan al patrón colonial, esencializando los pueblos y en definitiva legitimando cualquier tipo de intervención ya sea económica como militar hacia el resto del mundo.

Uno de los hitos por excelencia de esta cooptación del discurso feminista con objetivos interesados es la repentina conversión al feminismo de la administración Bush, maquillando las verdaderas razones que llevaron a la intervención en Afganistán bajo la retórica de la liberación de las mujeres.

Paralelamente, muchos medios ofrecían una visión simplista de las mujeres afganas. Una y otra vez, su opresión se transmitía al público occidental sin desgranar su complejidad de factores que intervenían, desde la miseria, el ciclo de violentas, intervenciones extranjeras en el país, la falta de infraestructuras, etc.

La visión simplificada del patriarcado oriental, en los medios de comunicación o en los discursos políticos, es una más de las etapas que ha construido ideológicamente el intervencionismo occidental al Sur global. Es de nuevo la famosa “*carga del hombre blanco*”¹, el hombre blanco que soporta con dignidad la obligación

1. ‘*The White Man’s Burden*’ es originalmente el título de un poema de Rudyard Kipling publicado el 1899 en Estados Unidos de América y que se popularizó como alegoría del supuesto altruismo de la tarea civilizadora de los *hombres blancos* hacia las ‘razas inferiores’ del mundo.

de civilizar al otro, de evangelizarlo, modernizarlo, desarrollarlo, democratizarlo y liberarlo de su propia barbarie. Pero ahora son el hombre y la mujer blanca quienes deben liberar a las mujeres orientales del patriarcado bárbaro de los hombres orientales. ¿Quién puede negarse? ¿Quién puede dar la espalda a la mujer afgana encarcelada bajo el burka? ¿Quién puede obviar la mujer iraquí quemada por el ácido en un crimen de honor? ¿Quién puede negar el apoyo a una intervención militar que, según George W. Bush, liberó a las afganas?

En este *purplewashing*, las mujeres orientales son víctimas sin agencia, sin capacidad liberadora. No son agentes de cambio y, en las excepciones de aquellas que luchan de manera aceptable (y esto excluye la lucha armada y la inmolación), no tienen los recursos o las capacidades suficientes para liberarse a su manera. Cynthia Enloe, recuerda cómo las imágenes de “mujeres y niños”² ya fueron utilizadas en la Primera Guerra del Golfo, en ese caso mujeres occidentales residentes en Kuwait que debían ser liberadas de las garras de Saddam Hussein.

CONCLUSIÓN

El militarismo tiene género y la cultura bélica no es sin las raíces en la construcción social de los hombres y las mujeres, tanto en un sentido material como en un plano más simbólico, hasta el punto que la guerra puede ser considerada la máxima representación del Patriarcado (Tajahuerce, 2016).

Asimismo, si el Patriarcado naturaliza la violencia contra mujeres y las identidades LGBTI para mantener el control sobre sus cuerpos, el militarismo generaliza esta violencia y la convierte en el mecanismo de resolución de los conflictos. La generalización de estos medios, pues, elitiza aún más los espacios de toma de decisiones, reduciendo el ejercicio del poder institucional y social a aquellos sujetos que pueden imponerse sobre los otros mediante la fuerza.

En las culturas de guerra, el valor de la vida humana se denigra y se establecen jerarquías de duelo. El compromiso de matar y morir por la patria, la obediencia a la autoridad, el respeto a la jerarquía y la disciplina conlleva el privilegio de ser llorado como un héroe. Las vidas precarias (mujeres, migrantes, minorías religiosas y étnicas), en nombre de la protección de las que se ha militarizado la sociedad o ha intervenido en un conflicto, son vulneradas sin que la sociedad reaccione.

Sin embargo, la realidad de las masculinidades y de las feminidades en la víspera de guerra constante, no es estática ni simple. Como construcciones sociales dinámicas, hay subversiones y resistencias, masculinidades objetoras de conciencia, mujeres que se incorporan a las filas militares como combatientes, o mujeres y sexualidades disidentes que se organizan para ocupar el ámbito público desde la no-violencia.

Aunque no seamos, en muchos casos, conscientes, la militarización forma parte del ADN de nuestra sociedad. No es un factor aislado que se pueda disociar de la estructura social o del sistema económico. Por lo tanto toda acción por la desmilitarización –entendida como proceso que busca reducir o eliminar los valores militares de la cultura, la educación y la sociedad– que no contemple la relación bilateral e interdependiente entre el género y la cultura militar, verá quebrada su efectividad en la construcción de una paz estable.

Desde esta perspectiva, será necesario concebir la desmilitarización como un proceso integral basado en el abandono de la violencia como herramienta de gestión de conflictos sociales, también de aquellos que tienen lugar en el ámbito privado. Esta integralidad requiere, no sólo de la participación física de las

2. O en sus palabras, de “mujeres y niños”, en este permanente conjunto de mujeres como menores, víctimas sin agencia.

mujeres y de las identidades de género excluidas de los espacios de decisión y poder, sino de la inclusión de las necesidades tanto de las víctimas de la violencia como de las mujeres que han participado de la logística militar –madres de los soldados, viudas de guerra, enfermeras militares, trabajadoras sexuales– y la consideración de los efectos diferenciales que la militarización ha supuesto para las vidas de las mujeres.

Un proceso integral requerirá, pues, cambios profundos y estructurales que reviertan estas consecuencias, como la desmilitarización de las instituciones estatales, la sustitución de las ideologías militaristas y eliminación de los organismos militares, la reafirmación del control civil sobre el Estado y la economía y recuperación civil del poder y de los espacios de decisión. Ampliar el círculo de acceso a la toma de decisiones, además de aumentar la calidad democrática de la sociedad, permitir el retorno de las identidades no hegemónicas a la participación pública sin ser estigmatizadas y violentadas, aunque será una inclusión parcial si la división entre los ámbitos público y privado permanece intacta.

Asimismo, la desmilitarización del Estado debe cambiar las prioridades económicas, reduciendo el gasto de seguridad y defensa para liberar recursos económicos y humanos que se reinviertan en la asunción de las tareas afectivas y de cuidado (salud, dependencia, educación) que el Estado ha externalizado a las mujeres de forma no remunerada. Por último, la desmilitarización debe ser también un proceso psicológico, que abarque las mentes, la educación y el sistema de medios de comunicación y desmonte la glorificación de las fuerzas armadas y de la violencia, y ponga en el centro de las prioridades la sostenibilidad y la protección de la vida.

Sin embargo, el camino hacia una sociedad pacifista requerirá el abordaje de las violencias invisibles, cotidianas y normalizadas, así como de aquellas que actúan en el ámbito privado. Sin una redefinición de los conceptos de paz y violencia que contemple la redefinición de las jerarquías sexuales, de las identidades de género y de su relación con el poder, las mujeres, los gays, las lesbianas, las trans y las intersexuales continuarán viviendo en guerra.

Un proceso de desmilitarización, por otra parte, que invisibilice las experiencias de estas mujeres y de las identidades de género no normativas, incluidas las feminidades violentas, no atacará los fundamentos que han llevado aquella sociedad a militarizarse. Se tendrá que visibilizar no sólo las contribuciones de las activistas por la paz y de las feministas pacifistas, que juegan un rol clave en el restablecimiento de la paz, también, en el caso de los conflictos con participación de las mujeres como combatientes, las necesidades y retos específicos que éstas plantean.

La exclusión de entrada de las mujeres violentas como identidades femeninas puede acabar alimentando las concepciones esencialistas y parciales sobre la feminidad y la visión de las mujeres como seres sin agencia ni capacidad de decisión. Sin embargo, la relación real de las mujeres con las instituciones militares y con el ejercicio de la violencia genera todavía un debate muy vivo en el seno de los feminismos: ¿estamos históricamente alejadas de la guerra por nuestra biología, para la socialización que hemos recibido y los impactos que la violencia tiene en nuestras vidas o simplemente porque históricamente hemos tenido menos acceso a las armas? ¿Casos como el de las torturas y abusos de Abu Ghraib son aislados o suceden en proporción al número de mujeres en los ejércitos?

Un dilema que se amplía también a la glorificación por parte de amplios sectores de la izquierda de las mujeres que combaten en guerrillas y grupos armados. La visión de una mujer con un fusil en este caso nos parece empoderadora, liberadora, nos crea admiración. Sin juzgar las razones que impulsan a las mujeres a

tomar las armas cuando la guerra llama a la puerta de casa, ¿la fetichización de las guerrilleras es una batalla ganada por el militarismo, al igual que sucede con la inclusión de las mujeres en el ejército y con el *purplewashing*?

BIBLIOGRAFIA Y REFERENCIAS

- Ayşe Gül Altınay (2006) *The myth of the military-nation. Militarism, gender, and education in Turkey*. Basingstoke.
- Betty A. Reardon (2015) *Key Texts in Gender and Peace 1985-1996*. Springer International Publishing
- Butler, Judith (2006) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Ed. Paidós.
- Calvo Rufanges, Jordi (2015) Entrades 'Militarismo', 'Militarización' i 'Desmilitarización' a Calvo, Jordi i Pozo, Alejandro (coords.) *Diccionario de la guerra, la paz y el desarme*. Icaria Ed.
- Camps-Febrer, Blanca (2016) 'Patriarcado y Militarismo' a Calvo, Jordi (coord.) *Mentes militarizadas*. Icaria Ed.
- Cockburn, Cynthia i Zarkov, Dubravka (2002) *The Postwar Moment: Militaries, Masculinities, and International Peacekeeping*. Lawrence and Wishart Ltd.
- Cohn, Carol [Ed.] (2013) *Women and Wars*. Polity Press.
- Connell, R.W (2000) *Understanding Men: Gender Sociology and the new international research on Masculinities*. Department of Sociology, University of Kansas.
- Cooper, Dana; Phelan, Claire (2014). *Motherhood and war. International Perspectives*. Palgrave Macmillan.
- De Lauretis, Teresa (1989) *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, London, Macmillan Press..
- Digby, Tom (2014). *Love and War: How Militarism shapes sexuality and romance*. Columbia University Press.
- Eisenstein, Zillah (2004). *Against Empire: Feminisms, Racisms, and the West*. Zed Books.
- Eisenstein, Zillah (2007) *Sexual Decoys: Gender, Race and War in Imperial Democracy*. Zed Books.
- Enloe, Cynthia (2000) *Maneuvers: The International Politics of Militarizing Women's Lives*. University of California Press.
- Enloe, Cynthia (2007) *Globalization and Militarism: Feminists Make the Link*. Rowman & Littlefield.
- Farr, Vanessa (2002) *Gendering Demilitarization as a Peacebuilding Tool*. BICC, Bonn
- Fukuyama, Francis. *Women and the evolution of world politics*. Foreign Affairs, Vol. 77, No. 5 (Sep. - Oct., 1998)
- Gazteizkoak. VVAA (2008) *Los ejércitos humanitarios y la violencia sexista militar*. Paperezko ZAPIadak.

- Goldstein, Joshua S. (2001) *War and Gender*. Cambridge University Press.
- González Suárez, Amalia (2014) 'El quebranto del silencio. La violación como arma de guerra' a Fernando Quesada (ed), *Mujeres y Guerra. Cuerpos, territorios y anexiones*. Biblioteca Nueva.
- Gordillo, Jose Luis (2015) Entrada sobre 'Homeland Security' a Calvo, Jordi i Pozo, Alejandro (coords.) *Diccionario de la guerra, la paz y el desarme*. Icaria Ed.
- Hobbes, Thomas (1651) *Leviatán*. Edició de 2003. Ed. Losada.
- International Institute for Strategic Studies, *The Military Balance 2014*.
- International Institute for Strategic Studies, *The Military Balance 2016*.
- Kimmel, Michael S (2007) 'Masculinity as homophobia: fear, shame and silence in the construction of gender identity' a Nancy Cook (ed.) *Gender Relations in Global Perspective: Essential Readings*. Canadian Scholars Press Inc.
- Levy, Gal i Sasson-Levy, Orna (2008) Militarized Socialization, Military Service, and Class Reproduction: The experiences of Israeli soldiers. *Sociological Perspectives*, Vol. 51, Issue 2, pp. 349–374
- Martín Baró, Ignacio (2003) *Poder, ideología y violencia*. Editorial Trotta.
- Mendi, Irantzu (2008) Estrategias de organizaciones de mujeres para una paz con justicia de género. Instituto Hegoa. Universidad del País Vasco.
- Moser, Caroline (2001) 'The Gendered continuum of violence and conflict. An operational framework' a *Victims, Perpetrators Or Actors?: Gender, Armed Conflict and Political Violence*. Zed Books.
- Newman, Edward (2004) The New Wars debate: A historical perspective is needed. SAGE Publications, Vol. 35(2): 173–189
- Ortega, Pere (10/12/2015) 'La tercera guerra mundial'. Publicat pel Centre Delàs: <http://www.centredelas.org/es/conflictos-y-guerras/2605-la-tercera-guerra-mundial-pere-ortega>
- Negri, Antonio i Hardt, Michael (2004) *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Ed. Debate.
- The 'New Wars' Debate: A Historical Perspective Is Needed EDWARD NEWMAN*
- Pateman, Carole (1988) *The sexual contract*. Stanford University Press.
- Peterson, V. Spike (2007) 'Gendered Identities, Ideologies, and Practices in the Context of War and Militarism' a L. Sjoberg i S. Via (eds.) *Gender, War and Militarism. Feminist perspectives*. Praeger Security International.
- Rayas, Lucía (2014) 'Las mujeres soldadas en las nuevas guerras' a Fernando Quesada (ed), *Mujeres y Guerra. Cuerpos, territorios y anexiones*. Biblioteca Nueva.
- Reardon, Betty A (1996) *Sexism and the War System*. New York: Syracuse University Press.
- Rosseau, Jean Jaques (1750) *El contrato social*. Edició de 2004. Ed. Istmo.

- Ruddick, Sarah (1989) *Maternal Thinking. Toward a Politics of Peace*. Beacon Press.
- Segato, Rita Laura (2013) *Las nuevas formas de guerra y el cuerpo de las mujeres*. Ed. Tinta Limón.
- Segato, Rita Laura (2014) 'Las nuevas formas de la guerra y los cuerpos de las mujeres' a Fernando Quesada (ed), *Mujeres y Guerra. Cuerpos, territorios y anexiones*. Biblioteca Nueva.
- Sjoberg, Laura (2014) *Gender, War and Conflict*. Polity Press.
- Tajahuerce, Isabel [coord.] (2016) *Mujeres, comunicación y conflictos armados*. La linterna sorda ed.
- Tickner, J. Ann (1992) *Gender in International Relations: Feminist Perspectives on Achieving Global Security*. Columbia University Press.
- Tortosa, Jose María (2006) 'Los Derechos Humanos frente al nuevo escenario preventivo. Retos para una globalización más humana' a VVAA: *La seguridad preventiva como nuevo riesgo para los derechos humanos*. Ed. Alberdania.
- Urban Walker, Margaret (2009) *Gender and Violence in focus: a background for Gender Justice in reparations*. Department of Philosophy, Marquette University.
- Villán Durán, (2006) 'Las Naciones Unidas ante el nuevo escenario preventivo: el reto de los DDHH', a VVAA: *La seguridad preventiva como nuevo riesgo para los derechos humanos*. Ed. Alberdania.
- Whitworth, Sandra (2004) *Men, Militarism, and UN Peacekeeping: A Gendered Analysis*. Lynne Rienner Pb.
- Willet, Susan (1998) Demilitarization, disarmament and development in southern Africa. *Review of African Political Economy*, no. 77.
- Yuval-Davis, Nira (1997) *Gender and Nation*. SAGE Publications.
- Zirion, Iker (2012) Los procesos de desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes desde la perspectiva de género. Cuaderno de trabajo no58, Instituto Hegoa, Universidad del País Vasco.
- Zulaika, J. (1989) *Chivos y soldados: La mili como ritual de iniciación, ensayo antropológico*, Ed. Baroja.

INFORME Núm. 15

Exportaciones españolas de armamento 2002-2011. Cuando la venta de armas es una prioridad política

Tica Font, Eduardo Melero y Camino Simarro
Enero de 2013

INFORME Núm. 16

Las otras violencias en América Latina

Pere Ortega y Moara Crivelente · Enero de 2013

INFORME Núm. 17

La industria militar en Cataluña, un deseo insatisfecho

Pere Ortega · Junio de 2013

INFORME Núm. 18

Exportaciones españolas de armamento 2003-2012. Análisis del apoyo institucional a las exportaciones de armas

Tica Font, Eduardo Melero y Camino Simarro
Julio de 2013

INFORME Núm. 19

La cara oculta del gasto militar El presupuesto militar de 2014

Pere Ortega, John Doe, Xavier Bohigas
Noviembre de 2013

INFORME Núm. 20

Evolución de la banca armada en España

Jordi Calvo Rufanges
Octubre de 2013

INFORME Núm. 21

El militarismo en el Norte de África

Blanca Camps-Febrer y Pere Ortega
Enero de 2014

INFORME Núm. 22

La política militar del gobierno Rajoy

Tomàs Gisbert, Maria de Lluç Bagur y Gemma Amorós
Febrero de 2014

INFORME Núm. 23

Drones militares. La guerra de videojuego con víctimas reales

Jordi Calvo, Anna Escoda, Carles Blanco y Gabriela Serra · Marzo de 2014

INFORME Núm. 24

Exportaciones españolas de armamento 2004-2013. ¿Promueve el gobierno exportaciones ilícitas de armamento?

Tica Font, Eduardo Melero, Camino Simarro
Julio de 2014

INFORME Núm. 25

Inercia, despilfarro y engaño en el gasto militar. Análisis del presupuesto de Defensa español del año 2015

Pere Ortega y Jordi Calvo Rufanges
Diciembre de 2014

INFORME Núm. 26

Fraude e improvisación en el gasto militar. Análisis del presupuesto de Defensa español del año 2016

Pere Ortega y Xavier Bohigas
Octubre de 2015

INFORME Núm. 27

Exportaciones españolas de armamento 2005-2014. Alimentando conflictos en Oriente Medio

Tica Font, Eduardo Melero y Camino Simarro
Diciembre de 2015

INFORME Núm. 28

Los bancos que invierten en armas. Actualización de la financiación de armamento nuclear, de bombas de racimo y de las principales industrias militares españolas (2011-2016)

Jordi Calvo Rufanges
Junio de 2016

INFORME Núm. 29

Exportaciones españolas de armamento 2006-2015. Armas españolas utilizadas en los conflictos de Oriente Medio

Tica Font i Eduardo Melero
Noviembre de 2016

**CENTRE DELÀS
D'ESTUDIS
PER LA PAU**

Grafismo: Esteva&Estévão

Proyecto financiado por la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament



**Agència Catalana
de Cooperació
al Desenvolupament**